

Islamabad, 1 de Noviembre de 2001

ARTE CAMIONERO EN PAQUISTÁN

Los camiones decorados de Pakistán constituyen un fenómeno cultural único que antropólogos de todo el mundo están estudiando y archivando con ahínco, porque piensan que no va a tardar en desaparecer, es demasiado incongruente para la lógica occidental. Afganistán y la India, también adornan sus camiones y autobuses, pero con moderación monacal, si se comparan con el desenfrenado barroquismo paquistaní. El museo de las artes populares de Hamburgo ya tiene un ejemplar en sus salas, y son dos los largometrajes documentales que se están rodando sobre la cuestión.

Los camiones, son el medio de transporte más importante en este país, y su chófer -jefe siempre de un equipo de tres: primer conductor, segundo conductor y ayudante, que viaja encaramado en un habitáculo afilegrinado, construido a modo de proa sobre la cabina, y recibe trato de esclavo- suele ser patán debido al reputado sentido de la responsabilidad de esta etnia. Conducir requiere gran pericia en esta zona dados el peligro del terreno, las deficientes carreteras, y la mecánica, toda repuesta de segunda mano, del anticuado motor inglés.

Alrededor del camión gravita todo un mundo laboral en cada destino y un importante gremio de artesanos que viven de los renovados tratamientos de belleza a que se somete el camión para ser la más guapa de la carretera (gari = camión, es palabra femenina, pronunciada con ternura en un ambiente exclusivamente masculino).

En Rawalpindi, un amplio patio de vecinos y plácidos búfalos, alberga las diferentes artes que componen el avío del camión: el maestro(=ustad) carpintero, que construye el "cuerpo" que confiere tan personal silueta al camión, el ustad radiadores, el ustad niquelador, los pintores, de grandes superficies, de diferente rango, y los de miniaturas, con sus categorías, también, el ustad recortador de hojalata, los decoradores de hojalata, el ustad herrero, soldador, mecánico, etc..., con sus aprendices (shagird), niños, con frecuencia, que con sus manitas pueden alcanzar los recovecos más ocultos e inaccesibles, que pese a no ser visibles, han de ir primorosamente decorados. La mística de la belleza velada pesa en todos los ámbitos de Asia del sur, creando situaciones de grave peligro, como la de los intermitentes ocultos por una cortina de cadenas y chapas tintineantes y multicolores, detalle de acabado imprescindible, evocador de las bailarinas de kathak con sus cascabeles en los tobillos.

Asombra que los camiones occidentales de nítida silueta, sirvan para lo mismo que los galeones, monumento al horror vacui de por aquí, con ojos pintados en los parachoques delante y detrás, para ahuyentar el mal de ojo.

¿Por qué, se preguntan los estudiosos, ese tremendo gasto gratuito? ¿Por qué ese acopio delirante de adornos? ¿Cómo tantos dibujos figurativos, en un ambiente islámico donde están prohibidas las imágenes? ¿De dónde sacan los versos que añaden, escritos en placas de caprichosa forma y color, al endomingamiento del camión?

Las respuestas quizá haya que buscarlas en el santuario de Bari Imam, el mayor de sus patronos, patrono también de las prostitutas, ladrones y jugadores, donde cada vez que escapan los camioneros a una situación de peligro, acuden a orar y a ofrecer un deg (marmita enorme de arroz guisado para el comedor de caridad del santuario) o a sacrificar una cabra, más cara que el arroz, si la ocasión lo merece.